

"identidad cultural" que alude a una permanencia estática de elementos culturales comunes a una sociedad determinada, en este caso el Caribe colombiano; se trata de una noción problemática, teniendo en cuenta que toda cultura es cambiante y aferrarse a ella significa fijar de una vez por todas lo que en realidad se reelabora todos los días. De todos modos lo anterior, que no es sino una opinión, no descalifica el trabajo del libro sino que contribuye a enriquecer la discusión con miras a profundizar la mirada hacia el futuro. Estos ensayos admiten clasificaciones atendiendo al contenido: crónica periodística ("San Agatón: santo patrono del carnaval" por Laurian Puerta), homenaje a un santo que conmemoran Mamatoco y Taganga el sábado de carnaval y los obreros portuarios de Santa Marta y Ciénaga en su día de fiesta, que es el 10 de enero; crónica ligera ("Tradición y costumbres populares del carnaval" por Alfredo de la Espriella); inventario subregional ("Aportes del Magdalena al carnaval negro" por Edgar Rey Sinning), registro de los elementos aportados por el Magdalena Grande, donde acepta como leyendas populares lo que no son sino inventos de los folcloristas (leyenda del caimán de Ciénaga, por ejemplo); historia de las mentalidades ("Carnaval, sociedad y cultura" por Jorge Conde Calderón y "Oralidad y carnaval" por Luis Alfonso Alarcón), donde buscan, el primero, conectar carnaval con historia local y cierto eclecticismo metodológico, y el segundo, llamar la atención sobre la necesidad de estudiar la oralidad de esta fiesta; la socialbacanería ("Cuatro días bajo el signo de la música caribe" por Rafael Bassi y Jairo Solano), un recorrido por orquestas y sitios de diversión del Carnaval de Barranquilla, organización de la nostalgia más que ensayo riguroso, donde nos recuerdan los pasos marginales del gran Pedro Ponce (Pietro Ponti), una maravilla bohemia como pocas en este país; crónica social ("Ritualidad urbana y carnaval" por Rafael Soto Mazennett y "El carnaval: universo mágico de la alegría" por

Martin Orozco Cantillo). La impresión que queda en la retina al terminar la lectura del libro es interesante: pienso que si bien en Barranquilla no hemos llegado a las alturas de clásicos del carnaval como Da Matta o Le Roy Ladurie, o aun de John Cowley o Alma Guillermoprieto, el hecho es que los investigadores barranquilleños están escribiendo.

ADOLFO GONZALEZ  
HENRIQUEZ  
Departamento de Sociología  
Universidad del Atlántico

## Una bella serenata con música de acordeón

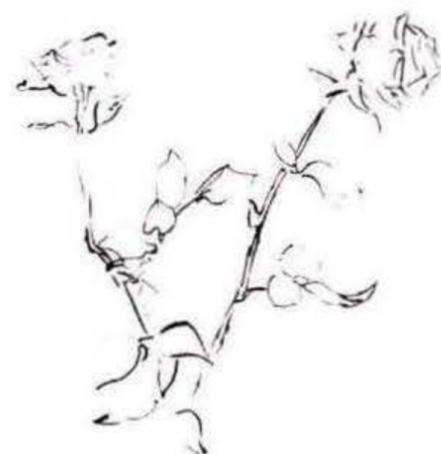
**Mochuelos cantores de los Montes de María la Alta. Adolfo Pacheco y el compadre Ramón, vol. I**

*Numas Armando Gil Olivera*  
Instituto de Filosofía Julio Enrique Blanco, Barranquilla, 2002, 209 págs.

Autobiografía y reportaje, historia regional de la cultura y de la pedagogía, esbozo biográfico y reflexión filosófica, el libro *Mochuelos cantores de los Montes de María la Alta. Adolfo Pacheco y el compadre Ramón*, de Numas Armando Gil Olivera es la historia de una herida muy honda que le dolió y casi mata a un infante sanjacintero y de su lenta, pero afortunada curación.

Siendo muy niño aún, a Numas Armando, el hijo de Geño Gil y de Tilsa Tulia Olivera, lo sacaron a la brava del patio celestial de su casa (con sus caballos de palo y sus trompos seditas y sus bolitas de uñita) y lo metieron al cuartel escolar del Instituto Rodríguez, un colegio que tenía como lema tácito "la letra con sangre entra", para cuyo eficaz cumplimiento se contaba con la penca negra (lista para la cueriza) del profesor Pepe, las arrodilladas sobre granos de maíz y la regla rencorosa.

Desde el primer día Numas lloraba hacia dentro, sin lágrimas, y se consolaba recordando los juguetes difuntos o contemplando la posibilidad de aceptar, cuando los soltaran, la invitación de un compañerito que vivía en la plaza, al segundo piso de su casa, al lado del cine, para ver, sin pagar, las películas mexicanas de Palillo. La situación sólo cambió para él, años después, cuando llegó al salón un ser excepcional que regresaba del friolento Bogotá, un profesor de vestidos color miel, al cual los alumnos casi no le prestaban atención, quien por medio de la palabra y el canto fue ubicando a Numas y a sus distraídos condiscípulos, en el reino de este mundo, al hablar en sus clases del bostezo y del eructo, del río y de la montaña, de los números y de la historia, despertándole, de paso, una interminable avidez por la vida y su comprensión. En medio de las sombras de la infancia escolar, el profesor Adolfo Pacheco Anillo le señaló a su secreto y callado pupilo un camino luminoso, el del conocimiento como consuelo y como proyecto de vida.



Para Numas fue como bajar de las nubes estériles del dolor por el final de la infancia y fijar su residencia en la tierra, abrirse a la esperanza, al deleite de la realidad y sus dones, y al eros del conocimiento, e intuir, para siempre, que la filosofía no surge del exclusivo comercio con los libros, sino de la experiencia de la vida vivida a plenitud, día tras día, en el aula, en la cantina, en el patio, en la plaza, en el Land Rover, en la ciudad, pues cualquier lugar es propicio para el complejo ejercicio del criterio.

ADQUISICIONES RECIENTES DE LA COLECCIÓN DE ARTE

# Ramón Torres Méndez



*Mercachifle*

s.f.

Acuarela sobre papel

23,4 x 14,3 cm



Jardinero

**Jardinero**  
s.f.  
Acuarela sobre papel  
23,5 x 15,4 cm



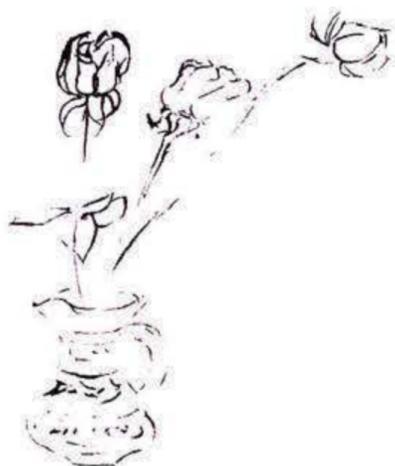
De Choachi -

*De Choachi*  
s.f.  
Acuarela sobre papel  
25.4 x 17.5 cm



*Aprendiz de zapatero*  
s.f.  
Acuarela sobre papel  
25,7 x 16 cm

Hoy, tras diversas incursiones por los dominios de la filosofía; tras laboriosas aproximaciones a la modernidad y a la ética, a Kant y a Hegel, a Rafael Carrillo y a Fernando Savater; tras su periplo universitario francés y andino, atento al consejo de Adolfo Pacheco según el cual "un alma tiene que llenarse infinitamente para poder derramarse en la abundancia", Numas se ha repuesto, por fin, del tramojazo y hasta recuerda con agrado esa especie de temporada por el infierno pedagógico, a la que ahora interpreta como un nuevo nacimiento: el acceso a un hogar que es sombra y lumbre, refugio y paz (pág. 36).



Y por eso ha decidido escribir este libro, para devolverle a la tierra que lo acogió en su seno tras el desamparo por la pérdida del paraíso, su pausado descubrimiento de un mundo sabio y de atmósfera amable, pleno de significación y de un modo de vida de incesante creatividad regido por el canto.

En ese espacio de encuentro y comunión creado por el arte musical de Adolfo Pacheco (uno de los últimos juglares americanos, cuyas canciones —sentidas como propias por los músicos y los melómanos y los bailadores del Gran Caribe hasta el punto de firmarlas con sus nombres— han alcanzado la alta dignidad anónima de los auténticos clásicos), y por las notas sabaneras de su compadre Ramón Vargas está una de las puertas de salida salvadora para un universo que pese a su probada resistencia parece desmoronarse segundo a segundo en medio del fuego ciego y sin piedad de

ejércitos diversos pero con similar obstinación e intolerancia.

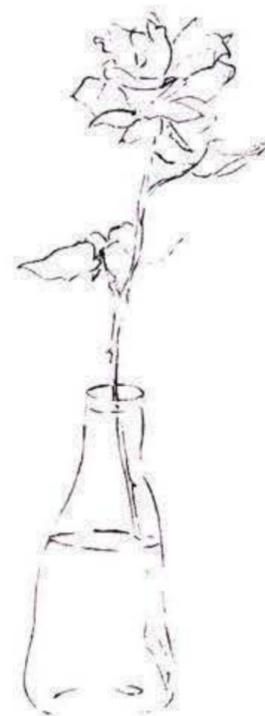
Si otras personas han superado el trauma del fin de la infancia mediante la invención de fábulas o la escritura de poemas, el camino escogido por Numas ha sido el de la inquisición minuciosa de la escasa bibliografía existente sobre los Montes de María, la Alta, y la meditación detenida sobre las mismas. De allí brota este libro agradecido, que nace de la conciencia de que la patria no se hereda: se conquista y se construye.

Este libro habrá de constituirse en el punto de partida para una reflexión que no se ha dado, pese a la reconocida importancia nacional de un copioso caudal de creadores de la región de los Montes de María, la Alta, entre quienes se destacan Toño Fernández, el gaitero mayor; Lucho Bermúdez, hito en la historia nacional de la música popular; Andrés Landeros, rey de la cumbia, idolatrado en México, pero en Colombia menospreciado y humillado; Ramón Vargas, maestro de acordeoneros e inventor de acordeones colombianos, además de acordeoneros y compositores como Geño Gil, Manuel García, Rodrigo Rodríguez y Carmelo Torres, y de la numerosa prole de gaiteros en la que se destacan Nolasco Mejía, Manuel Serpa y, sobre todo, los hermanos Juan y José Lara, quienes llevaron la queja de sus gaitas a través de las congeladas vías férreas transiberianas, más allá de la desaparecida cortina de hierro.

Numas Armando parece advertirnos en su libro, que aquí estamos, no sólo ante un pueblo, San Jacinto, sino una vasta región conformada con sus pueblos hermanos, Carmen de Bolívar y San Juan Nepomuceno, el trío de los mochos, los colonos y los comemicos, un enclave cultural, sitio de encuentro de diversas manifestaciones musicales, la orquesta, la banda, las gaitas y los acordeones, cuya lección de contrastes ha sido aprendida por los nativos para incorporarla a su tradición cultural.

Para Numas, la trayectoria histórica de esta región marcada por los altibajos de su economía, que ha vivido el apogeo y la caída de la in-

dustria del tabaco y el comercio de la mantequilla y la leche, estigmatizada hoy por el clima de violencia que la azota, se caracteriza por su aporte cultural incesante, por la inagotable inventiva artística de sus estoicos campesinos y tejedores de hamacas, sombreros y esteras, que constituye una lección de vida y de supervivencia, de resistencia y superación del dolor. Pero nadie se ha sentado a escribir esa historia.



El libro nos presenta el contexto de donde sale el orbe musical de Adolfo Pacheco y al develarnos muchos de los antepasados recuerdos que esconde la vieja gaita de los farotos, se convierte, por sus numerosas y valiosas informaciones sobre la génesis y el mundo de referencias de los cantos, en un texto clave para la comprensión y el disfrute de su obra. De igual modo ocurre con Ramón Vargas, un inventor de países que figuran con otros nombres en las grabaciones de los acordeoneros comerciales, quien nos revela lo que considera sus aportes a la tradición del acordeón vallenato, así como detalles importantes sobre su formación y sus modelos.

A la manera de la *Historia doble de la Costa* de Orlando Fals Borda, la obra de Numas nos presenta dos voces complementarias: por un lado, la del investigador que se vale de las fuentes bibliográficas, los datos estadísticos, los archivos fotográficos

y, al lado, en contrapunto complementario, las voces, el testimonio, de los sujetos de la historia: en este caso, Adolfo Rafael y su compadre Ramon, par de conversadores lúcidos pertenecientes a la santa hermandad de los acordeoneros surgidos de las volubles bonanzas económicas de la región, quienes además de hacer la historia, saben contarla de manera memorable y luminosa.

En una ocasión Adolfo Pacheco, a raíz de una ruptura amorosa, perdió un libro en el que había consignado sus investigaciones de campo sobre la música popular costeña. Este trabajo de Numas nos consuela de esa desaparición desafortunada, y al parecer irremediable (aunque ahora Adolfo se propone reconstruirlo, apenas le comiencen a pagar la pensión de jubilado), porque cada día es más difícil regresar a esos pueblos, y muchos de los testigos de nuestra historia musical han muerto y otros son inaccesibles por el cerco del fuego cruzado que los aísla.



Este libro de Numas, primera parte de una trilogía (los otros serán: uno sobre Toño Fernández y Andrés Landero; y el otro, sobre los gaiteros de San Jacinto), es apenas como la primera tanda del repertorio del hijo de Geño Gil, integrada por dos rengues sabrosos y completada por unas piecitas de ensayo a cargo de

aficionados invitados (el prologuista Daniel Samper Pizano, junto con Mariano Candela, Alfonso Hamburger, Simón Martínez, Julio Escamilla, José Gabriel Coley y Ariel Castillo Mier, quienes presentan una serie de ponencias leídas en un homenaje, en Barranquilla, al maestro Adolfo Pacheco) las cuales, por fortuna, no desentonan del todo.

No obstante, sería recomendable que los volúmenes que vendrán se integren en un solo tomo, para que podamos contar de manera simultánea con las visiones múltiples, a veces encontradas, de las diferentes voces que tejen el entramado de esta fascinante historia de creatividad y amor a la vida, que es, en pequeño, la de la región entera y la de nuestra sufrida y sorprendente nación.

ARIEL CASTILLO MIER  
Universidad del Atlántico

## Postales del horror

### Colombia a través del tiempo

Varios autores

Casa Editorial El Tiempo, Printer Colombiana S.A., Bogotá, 1999, t. IV, 144 págs., ilustrado

El libro ofrece una selección de fotografías de los reporteros gráficos del periódico El Tiempo, correspondientes al período septiembre de 1998-agosto de 1999. Están agrupadas en cinco capítulos: ¡Terremoto!, La guerra, Por deporte, La protesta y Cosas del día. Nueve de los autores participan en la sección final, "Hablan los fotógrafos", en la que cuentan las circunstancias en que tomaron algunas de las imágenes.

El coordinador de fotografía del periódico considera un "premio del destino" el que uno de sus fotógrafos haya captado el terrible instante en que un toro corneó al diestro Manuel Díaz en Cali. Dice con inspirado acento: "Este año presenciamos la realización de un sueño. El

sueño del que vivimos todos los reporteros gráficos se le cumplió a Jaime Arias. Ese anhelo casi imposible, de capturar en una fracción de segundo la iluminación precisa, el enfoque perfecto, el plano oportuno, el gesto impactante, la noticia relevante...". El torero sobrevivió, y al premio del destino que recibió el fotógrafo se le sumaron cuatro premios de periodismo.

No pocos reporteros gráficos parecen dueños de una suerte de excitación erótica que los hace perseguir o hacer las noticias, incluso a riesgo de su propia vida, sin ningún respeto por el dolor ajeno y en detrimento del derecho a la intimidad. Acaso desde el célebre Robert Capa y su secuencia de fotos de la muerte de un soldado español (1936), los reporteros gráficos se sienten autorizados para dar rienda suelta a sus pasiones. De ellos, de su mirada obscena y de ese gozo ante lo ominoso, se nutren los medios impresos y, por supuesto, los lectores. Muy a menudo, a nombre de la verdad, la objetividad y la oportunidad periodística, se convierte la representación de hechos reales de violencia, tragedia y miseria en simple mercancía visual para sostener la circulación o el *rating*; es decir, se hace una especie de pornografía.

Aparte de algunas imágenes de la sección "Cosas del día", tales como, por ejemplo, escenas del Festival de Teatro de Bogotá, la captura de un asaltante callejero (en Bogotá), la monja desmayada en una procesión (en Bogotá), un policía embetunándose las botas (en Bogotá), un trabajador de la energía eléctrica (en la misma ciudad), la mayoría de las fotografías están relacionadas con la violencia. Es decir, el libro congrega los extremos del horror y la puerilidad. Y acaso de eso mismo esté hecha Colombia.

Del total de imágenes incluidas, más del 90% provienen de Bogotá, lo cual refleja bien la idea que ciertos bogotanos tienen, desde tiempo inmemorial, de lo que es Colombia. Colombia es Bogotá, y lo que sucede en Colombia es lo que sucede en Bogotá, excepto en el caso de un